

EL CASCABEL

PERIÓDICO POLÍTICO Y LITERARIO

Reparte á sus suscritores cada mes un cuaderno de una historia completa del año, titulada **COSAS DEL AÑO**, que forma un libro sumamente útil y curioso.

9 rs. tres meses; 16 seis, y 30 año en Madrid.

10 rs. trimestre; 18 seis meses, y 34 año en provincias.

DIRECCION

Plaza de Matute, núm. 2.

NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS

EN TODA ESPAÑA

ADMINISTRACION

Plaza de Matute, núm. 2.

HACE CUATRO AÑOS.

¡Se acordarán Vds. de hace cuatro años?... Vaya si se acordarán Vds. Madrid estaba hermoso. Cada día entraba un héroe, vamos al decir, de los que venían á regenerarnos, á civilizarnos, á darnos, en fin, lo que nos hacia falta, y se le llevaba á su casa en carretela, con acompañamiento del pueblo soberano, la música del Hospicio, que bien soplaron aquellos dias los pobres músicos hospicianos, y unos cuantos *pendones* con letreros patrióticos, y luego el héroe salía al balcon, echaba una arenga, y la gente se ponía ronca de gritar ¡Viva! ¡viva!... ¡Qué dias aquellos! En todas partes habia diversion gratuita.

Iba V. por una calle, y veia un gran número de ciudadanos viendo cómo borran de la muestra de una tienda lo de *proveedor de SS. MM.* Más allá encontraba V. un reparto ordenado de fusiles á ciudadanos que habian llegado tarde, dias ántes, al asalto dado al Parque, donde no quedó un fusil ni un machete, y por poco vuelan tambien las paredes y las casas inmediatas al incendiarse parte de la pólvora contenida en aquel depósito. Seguía V. más adelante y encontraba otro grupo que leia lleno de admiracion alguna proclama oficial de la famosa Junta instalada en el ministerio de la Gobernacion. Llegaba V. á la calle del Olivo, y era espectador de las pesquisas que se hacian en busca del por entonces célebre bollerero; y oía V. allí la tremenda historia de aquel personaje, que corria de boca en boca entre el ilustrado concurso que esperaba ver de un momento á otro al bollerero salir echando chispas, ó bollos, que hubiera sido más propio, perseguido por la justicia popular.

Acá un ciego cantaba las coplas del padre Claret; más allá se levantaba un arco de ramaje y se colocaban en él inscripciones de *Abajo*, puesto que todos empezaban con esa palabra, aludiendo á los consumos, á las quintas y á otra porcion de cosas, no tan odiosas como la revolucion: por aquí venia casi en brazos del pueblo Manolo Becerra, que acababa de llegar; por allí pasaba Ros de Olano á ca-

ballo, que iba á pasar revista á la tropa y á las fuerzas populares...

Todo era júbilo en Madrid.

¡Y cómo, no, si eran ya dueños de la situacion los que habian prometido solemnemente traernos la moralidad, las economías, la buena administracion, los presupuestos baratos, la prosperidad de la industria y del comercio, el orden y la paz?...

Todos estábamos admirados de oir los discursos que largaban los héroes en aquellos dias. Nunca se habian conocido hombres más modestos, más llanos, ni mejor intencionados, ni más benéficos y caritativos.

No habia duda, España iba á ser Jauja.

Así nadie les ponía obstáculos; todo el mundo confiaba en que habia llegado para España una nueva era... (¡bonita era!) y en efecto, comenzaron á gobernar, Figuerola fué desarrollando su *plan*, los revolucionarios se apoderaron de los destinos, se soltaron á lucir sus habilidades, y desde hace cuatro años venimos de asombro en asombro contemplando cómo se pasa la vida tan callando, cómo ellos han sido todos ya ministros, y se han clasificado con los 30 ó 40.000 del pico, cómo se han hecho ricos los que estaban más tronados que arpa vieja, cómo han devorado miles de miles de millones, cómo nos han vendido ó empeñado cuanto teníamos, cómo han dispuesto del país como si fuese suyo, cómo nos han traído una guerra civil, cómo no han cumplido nada de lo que prometieron, y en fin, lo más gordo, cómo nos han puesto á disposicion del rey de Italia, poniendo en el trono de San Fernando á uno de los muchos hijos de aquel señor...

Todo esto es muy gracioso; pero lo más gracioso es que á estas horas los revolucionarios unidos hace cuatro años, están ya como perros y gatos, que no se pueden ver ni pintados, que Zorrilla es el mayor enemigo de Sagasta, que á Serrano, el de Alcolea (¡toma Alcolea, hijo!), le niegan ya toda autoridad y hasta sus cualidades de militar entendido, que á Topete le miran con desden, y que D. Amadeo no tiene más partidarios que aquellos á quienes confía el gobierno, y en cuanto se lo quita le enseñan las uñas y empiezan á pensar en *botarle* los mismos que le *volaron*.



Y el país paga más que antes, tiene menos tranquilidad que antes, está más atrasado y más perdido que antes, y más humillado que nunca; como que está a disposición del extranjero y bajo la influencia de la política extranjera.

—¿No es todo esto cierto?...

—Lo es desgraciadamente.

—¿Y puede esto durar mucho tiempo?...

—De ningún modo: en esto convienen todos, y lo creen los mismos héroes de la gloriosa.

—¿Qué extraño es que al cabo de estos cuatro años de desdicha, los desengañados de la revolución volvamos los ojos á lo pasado y cifremos nuestras esperanzas en el único que está completamente inocente de los males de la patria, en el único que puede unir á todos los españoles, en el único que no puede tener odios ni malas voluntades, en el príncipe Alfonso?... Si en Alcolea hubiera sido proclamado, otra sería la suerte de la patria, y no tendríamos que lamentar tanta sangre derramada y tantos desastres de todo género.

Los héroes revolucionarios, que fueron los más favorecidos por doña Isabel II, á quien tan miserablemente pagaron con la más negra ingratitud, cometieron un gran error, por no decir otra cosa, desposeyendo al inocente príncipe, que era entonces, y hoy lo sigue siendo, la única esperanza.

Hace cuatro años todo era júbilo en el pobre pueblo inocente, que no conocía bien á los revolucionarios.

—Hoy ya se han dado bien á conocer.

—¿Quién espera ya de ellos nada bueno?...

—En verdad os digo, que el que aún no haya perdido las ilusiones, es tonto de capirote.

LOS PROYECTOS DEL GOBIERNO

—¿Ya habrá visto V. los proyectos de ley presentados á las Cortes?

—Sí, señor, y cada vez me confirmo más y más en que España es una jaula de locos.

—Hombre, pues me parece que los presupuestos...

—Los presupuestos oprimen el corazón. No puedo acostumbrarme á la idea de que el pobre labrador, el comerciante y el industrial pasen una vida de privaciones y pobreza, para enriquecer á los usureros españoles y extranjeros que trafican con los apuros del Estado.

—En cambio las economías introducidas en los servicios públicos...

—Conversación, amigo D. Epifanio, conversación. Si se toma V. el trabajo de hacer un estudio comparativo de los presupuestos de los últimos años, verá que conforme han ido simplificándose los servicios públicos han ido aumentando las plazas de los encargados de la administración. El gobierno ha ido cediendo y permutando sus derechos, ha multiplicado prodigiosamente el número de sus empleados; allí donde ha visto una peseta ha colocado los cinco mandamientos, dejando en la miseria á los pueblos, al clero y á los particulares que colocaron sus capitales en la Caja de

Depósitos, y hoy se consagra á formar cálculos que le permitan contraer nuevas deudas.

—Pero, ¿no se llama este ministerio de las economías?

—Sí, porque carga con todas las de los contribuyentes.

—De la moralidad...

—Por la misma razón que se llama rabon al gato que carece de rabo.

—Pero, no me negará V. que el ministerio prometió nivelar los presupuestos.

—¿Qué he de negarlo? Precisamente me lamento de que lo prometiera y de que presente unos presupuestos con un déficit de 53 millones de reales. Pero, ¿qué ha de suceder cuando sólo los intereses de la Deuda suben á mil millones?

—¿No ha hecho un nuevo arreglo con los acreedores?

—Sí, ha creado una Deuda especial.

—¿No ha creado también un Banco hipotecario?

—Por desgracia: un Banco que tendrá de capital 200 millones, y que en el mes de Diciembre tendrá que pagar 400.

—Pues no lo entiendo.

—Sus protectores sí. Ya irá V. viendo lo que es el nuevo Banco.

—Concedo cuanto V. quiera; pero no me negará V. que el arreglo del clero es beneficioso.

—Desde luego: el gobierno le toma los pocos bienes que le quedan, crea un nuevo papel y obliga á que las diputaciones y ayuntamientos paguen sus intereses. Esto es lo mismo que si yo le esperase á V. en una callejuela y le quitase el reloj, lo llevara á una casa de préstamos, y obligara al casero de V. á satisfacer los réditos del empeño.

—Pero si dice el proyecto que así mejorará la situación de los curas...

—Se pondrán al nivel de los pobres maestros de escuela. Sobre todo, cuando los ayuntamientos sean federales, la situación del clero no tendrá nada que pedir.

—Yo creía que el gobierno se limitaba á introducir economías.

—El gobierno se limita á quedarse con los restos de los bienes del clero; reconoce después que esto exige una reparación, y se la encomienda á los pueblos. Los pueblos, á su vez, quedan autorizados para imponer nuevas contribuciones; el vecindario paga, el gobierno triunfa, y el sacerdote perece.

—Me deja V. estupefacto: ¡si yo creía que el clero resultaba favorecido!

—Ese es el error. V. se inspira en lo que dicen los periódicos ministeriales, y no se toma el trabajo de discurrir por cuenta propia.

—Ea, pasemos á otro punto.

—Pasemos á lo que V. quiera.

—A la reforma del ejército, á la abolición de quintas.

—En este punto no está el gobierno más acertado. Ha herido su corazón el grito de las madres, que teniendo cinco hijos veían cargar á uno con el fusil, y les ha dicho: «No lloreis, desventuradas; aprestaos á bendecir al gobierno radical: los gobiernos doctrinarios os arrancaban un hijo... la dura ley de la defensa de la patria lo exigía; pero cuando el pueblo se levantó en armas, quedó abolido el tributo de sangre, y hoy debéis levantar al cielo las manos en se-

ñal de gratitud. Ya no irá al ejército uno de vuestros hijos... ¡irán todos! Y las madres tocarán efectivamente el cielo con las manos.

—¿Pues sabe V. que el remedio es peor que la enfermedad?

—Tales son los médicos que toman el pulso á la situación. Por lo demás, el ministerio, aunque enemigo de las quintas, prometió al subir al poder no sacar la de este año, y ya ha pedido la friolera de 40.000 hombres. ¡Cuando digo á V. que los radicales me gustan!

—Y los demás proyectos, ¿son tan buenos como los mencionados?

—Hermanos gemelos; por el pronto ya sabemos que subsistirán las matrículas de mar; pero que se rebajará un año de servicio marítimo. Diez mil jóvenes *costaneros*, para servirnos del lenguaje oficial, seguirán tripulando nuestros buques. Verdad es que sin esto no podría tener efecto la ley de ascensos de los generales de Marina.

—Considere V. que España es una nación eminentemente marítima, y que sus posesiones coloniales la obligan á este sacrificio. ¿No sería vergonzoso que España tuviera que abandonar sus posesiones?

—Veo con gusto, amigo D. Epifanio, que se declara usted de oposición al gobierno.

—¿Cómo?

—Ignora V., santo varón, que entre los proyectos de ley presentados por el gobierno á las Cortes, existe uno para el abandono del Peñon de Vélez de la Gomera? ¿Puede V. desconocer que el planteamiento de las reformas ultramarinas comprometerá muy seriamente la integridad española?

—Concedido; pero no me niegue V. siquiera que la Guardia rural es una buena institucion.

—¿Por qué la suprimieron entonces los revolucionarios? A fe que la organizacion de la Guardia rural se debe á Narvaez.

—Para todo tiene V. contestacion.

—Es que los radicales son tan torpes, que ni siquiera saben disimular su torpeza, y que al presentar un proyecto de ley se ponen en abierta contradiccion consigo mismos y con el país.

—¡Lástima que no haya escuchado EL CASCABEL nuestra conversacion: podria hacer con ella su resumen de los proyectos del gobierno...

—No es muy propia nuestra conversacion para las columnas de un periódico festivo; pero ménos alegre es todavía el hecho de que mis lamentos son fundados.

—¿Y V. cree que esto no podrá arreglarse?...

—Como se arregló lo de Capa-Rota.

—Luego, nada bueno pueden hacer los radicales?

—Sólo una cosa.

—¿Y es?...

—Marcharse con la música á otra parte.

—Así sea; me ha convencido V. de que era un necio creyendo las promesas de los hombres de la revolucion.

LO QUE VA DE «EL DAR» A «EL TOMAR» (1)

Lo que vamos á referir parece cuento, pero es historia. Sucedió hace algunos años en un pequeño pueblo de Andalucía.

Habia ocurrido por aquel país una de esas insurrecciones políticas y sociales, que tanto seducen á los igno-

(1) De *La Hoja popular* que reparte la excelente Revista *La Defensa de la Sociedad* tomamos este oportuno artículo.

Iba, pues, Francisco Estévan con los piés por la tierra, pero con la cabeza no sabemos dónde, y andaba rápidamente, de una manera maquinaal y sin direccion fija.

II
Iba con una rapidez y con una fuerza infinitas.

Al revolver una esquina tropezó con un hombre y casi le tiró por tierra.

Aquel hombre se rehizo y exclamó:

—Vive Dios, D. Fulano, mal nacido y canalla, que os rompo la cabeza.

No era necesario tanto para que estallase la ira de Francisco.

Sin remarcar siquiera el semblante de quien así le habia injuriado, ciego de cólera, llevó con furia la mano trémula á la espada, la desnudó, y dijo volviéndose hácia aquel hombre:

—Defendedos, vive Dios, ú os mato aquí como un perro.

La calle era escusada.

No habia en ella más que tres personas.

Francisco Estévan, el hombre ante quien se habia vuelto y su criado.

Una especie de jaque matasiete, á juzgar por su aspecto, que llevaba al costao un espadon inconmensurable.

EL GUAPO FRANCISCO ESTEVAN

FOR

D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

(Continuacion)

El recuerdo de Clara le inquietaba.

Experimentaba por Clara el vago temor que ya hemos indicado en él.

Un terror que ponía algo frio, algo incomprensible en su corazon.

Y por otra parte, tal es la condicion humana, aunque ligeramente enamorado de Clara, le halagaba, le hacia sentir un no sé qué delicioso aquel otro amor delirante que por él Clara sentia,

rantes y á los pobres. No se trataba de cambio de ministerio; lo que se proclamaba era la *regeneración social*. Bajo esta bandera, que cada cual entiende á su modo, cabía todo: delirios y crímenes. Una de las ideas que le atraía incautos prosélitos, era el reparto de los bienes de los ricos. Al grito de ¡viva la libertad! se atacaba con la mayor tiranía la primera de las libertades, que es la de que cada uno disfrute tranquilamente lo que es suyo. En aquel pequeño pueblo, que fué antiguo feudo de un título de Castilla, quedaba á éste una dehesa de buena tierra, que era objeto codiciado para los labradores pobres y para los jornaleros que querían ser propietarios, á pesar de que el marqués hacía cuantos beneficios podía, concediendo el extraer leña y apacentar ganados.

Los aldeanos, al oír las noticias de la insurrección y la bandera seductora que levantaba, instigados por alguno, que nada tenía de labrador, ni de pobre, ni siquiera de vecino de la población, se amotinaron un domingo temprano y entraron tumultuosamente en la casa de Ayuntamiento, pidiendo que se repartiera la dehesa del marqués. El alcalde recibió con calma á aquella multitud, y dijo á los gritadores que se accedía á sus deseos y que iba á verificarse la repartición de la dehesa del marqués en pequeñas porciones, para lo cual se reuniría el vecindario en la plaza al salir de misa mayor.

Grandes aplausos acogieron esta promesa; todo se convirtió en ¡vivas! al buen alcalde; y se difundió por toda la población la grata noticia de que se iba al fin á distribuir entre los pobres aquella codiciada tierra, como si no tuviese dueño y como si aquel acto no fuera un equivalente á lo que hace el ladrón, que puñal en mano le quita á cualquiera la capa y la bolsa.

La gente salió presurosa de misa mayor. Tal vez hubo

— El hombre encontrado por Francisco Estévan era el conde de Tres Pozos.

— El criado que le acompañaba, el que le servía de escudero por el camino, y al que había llamado Cosme.

— Quédate con él, y despáchale sin cielo, dijo el conde.

— ¡Cómo! ¡cobarde! exclamó Francisco, que no conocía al conde, de la misma manera que el conde no le conocía á él! ¡me insultas y encargas de salir del lance á un lacayo, como si yo fuera un perdido!

Y Francisco Estévan se arrojó rugiente sobre Cosme, y de tal manera, que de un tajo le partió la cabeza, y antes de que cayera, tal era la destreza y la rapidez de Francisco Estévan, le atravesó de parte á parte de una estocada.

Con la tercera parte de gravedad de cualquiera de las dos heridas, hubiera habido bastante para matar á un toro.

III
El conde, necesario es hacerle en esta parte justicia, no era cobarde, ni apresurado, ni torpe.

Al ver cómo Francisco Estévan había dado fin de su criado, que había sido bravo y sereno, comprendió que debía tener gran suerte para no ser muerto al primer golpe.

Desnudó, pues, su espada, y antes de acometer á Francisco, obedeciendo á una sospecha inspirada por el uniforme y por el valor del joven, exclamó:

en la iglesia alguna alma cándida que daría gracias á Dios por el gran suceso que iba á verificarse, y pediría por la felicidad de aquel sabio y magnánimo alcalde, que así atendía á las necesidades del pueblo.

Reunido éste en la plaza, se puso la mesa á la puerta de la iglesia, y junto á ella se sentó gravemente el alcalde, teniendo á su lado al secretario con papel y pluma en mano. La autoridad impuso silencio, y anunció que iba á empezar el acto.

— Secretario, dijo, trae la lista de los labradores pobres; y ve llamando á cada uno por su orden.

El secretario, que no era tonto, creyó que el alcalde había perdido la cabeza ó quería burlarse de sus convecinos, pero obedeció, y tomando el padron del pueblo, gritó:

— Domingo Perez.

Salió éste presuroso de entre la multitud, que formaba apiñado círculo alrededor de la mesa, y el alcalde le preguntó cuánta tierra quería.

— Señor, contestó entre confuso y alegre, yo no quiero ser codicioso; es menester que haya para todos. Tengo dos caballerías de labor, y por consiguiente, me contento con cuatro fanegas, que es lo que podré cultivar con ellas este año.

— Apunta, secretario: cuatro fanegas para Domingo Perez.

— ¡Viva el alcalde! ¡viva!... gritó la gente alborozada, viendo que la cosa iba de veras.

— Vicente Encinas, exclamó el secretario.

Y Vicente Encinas acudió presuroso y sombrero en mano ante la mesa. Repetida igual pregunta y habiendo dicho que sólo tenía una caballería para trabajar la tierra, pidió dos fanegas, que al momento le fueron anotadas y concedidas.

— ¡Tú eres el miserable Francisco Estévan, corsario que acabarás en pirata!

— Y tú, ¿quién eres? gritó Francisco Estévan, en cuya mano temblaba la espada sangrienta hasta la mitad.

— Yo soy el conde de Tres Pozos, contestó éste.

— ¡Ah! ¡Y he de bajar hasta matarte yo? exclamó Francisco. ¡A tí, más vil que tu criado! No importa, también se mata á los lobos.

Y embistió con el conde, á quien no valió su destreza para retardar ni un momento el golpe.

Su costado derecho fué rasgado por la espada de Francisco.

IV

Alguna gente que había salido á las ventanas al ruido de la riña, empezó á dar voces.

El espectáculo era horrible.

Cosme estaba inmóvil sobre un ancho charco de sangre, del cual salía un espantoso arroyo que corría á lo largo de la calle, que era pendiente, torciéndose por entre las desiguales piedras y determinando en los hoyos otros pequeños charcos.

No se sabe cuánta sangre tiene un hombre.

Treinta y seis libras dice la ciencia.

— José Suarez, gritó el secretario.

Se presentó el Suarez, y se le hizo la propia pregunta.

— Yo, respondió, no tengo caballería ninguna; por consiguiente, como he de trabajar la tierra con mis brazos, tomaré tan sólo una fanega.

— ¡Que no tienes caballería! le dijo el alcalde. Eso no puede ser; eso es una injusticia. A ver, Domingo, ven acá. ¿No has dicho que tienes dos caballerías?

— Sí, señor.

— Pues bien, dale en seguida una á José.

— ¡Que se la dé! ¿Y por qué razón, si es mía? Me ha costado mi dinero, y mi trabajo y el de mi padre el ganarlo. Si José no tiene caballería, eso no es cuenta ni culpa que yo he de pagar.

— Pero escucha, hombre ignorante, replicó el alcalde: ¡si estamos repartiendo los bienes de los que poseen entre los que no poseen! El marqués tiene una dehesa de gran cantidad de fanegas de tierra, y la repartimos entre los que carecen de ellas. Por la misma razón, con el mismo fin y con igual derecho, tú que tienes dos caballerías es menester que le des una á José, que no tiene ninguna: así se cumple esa ley moderna y salvadora de la igualdad.

— ¡Que el demonio cargue con ella y con los que la invocan! replicó Domingo. Las caballerías son mías; el quitármelas es un atentado; y ántes que consentir en ese despojo, defenderé mi propiedad á garrotazos.

Entonces el bueno del alcalde, cambiando de tono y elevando la voz, dijo á todos los concurrentes.

— Llamais á esto atentado y despojo, porque os quitan lo que es vuestro. Pues eso mismo exactamente es lo que queríais que hiciésemos con la dehesa del marqués, que es tan suya como vuestra es la ropa que llevais puesta. Lo que Domingo alega, y con justa razón, para defender

sus caballerías, lo alegraría el marqués, si supiera que nos estamos repartiendo sus tierras. Si la idea del reparto es buena, no ha de alcanzar sólo á los marqueses, sino á todos los que posean algo: el que tenga cuatro cabras, se contentará con una, y las otras tres se le quitarán para el reparto general: el que tenga dos camisas, entregará una; y hasta el que haya ahorrado algunos reales ó algunos pesos duros á costa de muchos años de trabajo y economía, en rigor tendrá que llevarlos al fondo comun para que se distribuyan entre todos, aunque quizás le toquen á quien no haya querido trabajar ó no haya sabido ahorrar. Ahí teneis la gran ley de la igualdad. ¿La quereis?

— N6, n6, gritaron mohinos los concurrentes.

— Me alegro, contestó el alcalde. Pues se acabó el reparto; quede el marqués con su dehesa y vosotros con lo que poseeis. Y tened entendido que el dar lo propio es hacer caridad, pero el tomar lo ajeno es otra cosa, que tiene un nombre muy feo, que no quisiera se pudiese aplicar á ninguno de mis queridos convecinos.

La reunion se disolvió en silencio. Todos estaban hartos convencidos, aunque nadie queria ser el primero en confesarlo.

Desde entonces en aquel pueblo no se ha vuelto á hablar del reparto de bienes.

A. G.

CASCABELITOS

Pero, ¡qué lindos son los nuevos sell6s de correos!

Han tenido sus autores el buen gusto de poner á don Amadeo de frente, cuando de perfil está mucho más bonito.

Pero cuando sale de un cadáver parece un mar.

La aumenta el terror que infunde.

El conde vacilaba.

Se le habia caido la espada de la mano y se agarraba las paredes.

Dejaba tras sí un largo rastro de sangre.

V

Francisco Estévan permaneció un momento irresoluto.

Le costaba más trabajo huir que matar.

Pero las voces cundian.

Los que contra él voceaban, los que contra él empezaban á salir á la calle armados, cuál de un palo, cuál de una espada, cuál de una escopeta, ó no le conocian, ó desconocian en él al hombre aclamado del dia anterior.

Y cargaban sobre él por los dos extremos de la calle, alentados por la superioridad de su número.

Francisco Estévan se acordó de Claudia.

Saltó como un tigre á quien acorralan los cazadores, y rompió por medio de los que se oponian á su paso, que se separaron aterrados, y tan á tiempo, que no pudo alcanzarlos la espada de Francisco.

Luego todos, volviendo á animarse, corrieron tras él gritando:

— ¡Al asesino, al asesino! ¡Ha matado dos hombres! ¡Atájadle, prendedle!

Y alguno disparaba su escopeta contra Francisco Estévan, que continuaba corriendo.

Al fin él y los que le seguian se perdieron entre el laberinto de las callejuelas.

VI

Algunos más fanáticos ó ménos en disposicion de correr, que se habian quedado en el lugar de la catástrofe, acudian á socorrer al conde.

— Llevadme, llevadme á casa del marques de Castro-Ponce; llevadme de prisa... yo muero... quiero ser auxiliado...

El conde fué llevado en una camilla improvisada á casa del marqués, que se aterró cuando vió llegar en aquel estado á su amigo, y mucho más cuando éste le dijo:

— Mirad cómo me ha puesto ese maldito Francisco Estévan.

— Pero, ¿por qué? le preguntó el marqués.

— Nos dimos un encontron al revolver una esquina y le traté duro; él se irritó y se arrojó sobre Cosme... le mató... y se vino sobre mí...

— Pues ved, ved ahí... dijo el marqués, que tenia el co-

Yo hubiera preferido en los sellos el retrato de la Pinchiara.

Supongo que va á bajar la renta de correos.

Ya sé de muchas personas que se proponen no escribir más cartas que las absolutamente precisas, por no gastar el dinero en comprar retratos del señorito.

Esta semana no han hecho marqués á ningún radical. De manera que apenas hay de qué reirse.

Un cura radical quiere que se castigue al obispo de Jaen porque este señor ha tratado severamente á los curas que han jurado la gloriosa Constitucion.

¡Hombre! me parece á mí que el curita radical debia haberse callado, y nadie se lo habria censurado.

Lo que ha hecho sí que no se lo puede aplaudir nadie. Pero es cura radical, y basta.

¿Qué ha de hacer el hombre, si es radical y no lo puede remediar?

El martes hubo crisis.

En poco estuvo que Zorrilla se volviera á Tablada, de donde nunca debió salir.

La cosa se arregló, pero pronto se desarreglará.

Y D. Amadeo no tendrá más remedio que llamarme á mí.

razón muy duro: si no hubiérais creído que él se había llevado á Claudia, y que era necesario registrar su casa y su barco, él no hubiera venido aquí á pedirme cuenta de ello, y si no hubiera venido, no os hubiérais encontrado con él, pero yo ospero que no murais.

—Sí, sí, es necesario no perder tiempo: que llamen á un sacerdote.

El marqués dió las órdenes oportunas.

Y acercándose luego al lechó del conde, le dijo:

—Os afirmo que no ha sido él quien se ha llevado á mi sobrina; yo creo que habeis sido vos.

—¡Yo! ¿qué me importa ya vuestra sobrina? Yo queria casarme con ella porque estaba arruinado, y vos queriais que me casara con ella para que la matara; yo muero de mala muerte; no morireis vos mejor.

—¡Bah! ¡bah! dijo el marqués con un cinismo terrible; no, eso será lo que Dios quiera.

VII

El conde de Tres Pozos no vivió más tiempo que el necesario para declarar que quien le habia matado era el capitán de navío D. Francisco Estévan, como asimismo á un criado suyo; pero que estando próximo á comparecer ante Dios, debía declarar que D. Francisco habia sido gravemen-

En toda la semana próxima se pondrá á la venta el tomo noveno de los *Cuentos de salon*, que contiene la primera parte de *El hijo del sacristan*, novela de D. Carlos Frontaura.

Entre tanto, vayan Vds. adquiriendo los ocho tomos anteriormente publicados, que contienen novelas de Teodoro Guerrero y del citado autor.

Se abrió el teatro del Circo, favorecido por una selecta concurrencia. Matilde, la incomparable Matilde, la gran artista, fué recibida con grandes aplausos. La comedia de Calderon *Con quien vengo, vengo* fué bien desempeñada en general, pero creo que hubiera podido elegirse otra obra de más efecto entre las del inmortal autor.

Mucho espera el público este año de la buena direccion del Sr. Catalina y del afan que éste tiene siempre por complacerle.

Por nuestra parte le deseamos muchos buenos éxitos y muchas entradas como la de la noche de la inauguracion.

La comedia del Sr. Blasco *El baile de la condesa* es sumamente agradable, ligera, ingeniosa y discreta. Merece, pues, el buen éxito obtenido.

Veó que varios periódicos la critican, pero siempre fué más facil que escribir comedias, criticarlas.

Doy la enhorabuena al autor y á los actores del teatro del Principe, que en verdad han hecho mucho tambien para que el éxito sea completo.

Las fiestas de la Virgen del Pilar en Zaragoza van á ser brillantes este año, y habiendo anunciado la empresa

te injuriado y amenazado por él y por su criado, que habia reñido bien y lealmente en defensa propia, y le perdonaba de todo corazon.

—Pues con esto, dijo el alcalde mayor al escribano, no hay mas que sobreeser: provocacion, amenaza, acometida, defensa propia legitima, riña buena y leal de uno contra dos...

—Sí, sí, dijo el conde, que tenía miedo al infierno y creí que el diablo venia con las uñas listas para agarrarle; él ha hecho lo que necesaria, lo que irremediamente debia hacer, y yo digo mal cuando digo que le perdono, porque él es quien debe perdonarme: si se le ha preso que le suelten, y que le digan que yo le suplico que venga para oír el perdón de su boca.

Todos estos buenos oficios por Francisco Estévan, los hacia, lo repetimos, el miedo del conde de Tres Pozos á la Justicia divina.

VIII

El Alcalde mayor se apresuró á mandar que si no se habia preso á D. Francisco Estévan no se le prendiera, que si se le habia preso se le soltara, y que de todos modos se le hiciese conocer la última voluntad de un moribundo.

(Se continuará.)

del ferro-carril una gran rebaja de precios, es de creer que la concurrencia será numerosísima.

Animense Vds., que en estos tiempos deben aprovecharse todas las ocasiones de divertirse, ya que tan aburridos estamos con los radicales, D. Amadeo inclusive.

Un escritorzuelo italiano dice en un periodicoucho de allá que todavía no ha cobrado D. Amadeo su sueldo por el empleo que le han dado en España.

¡Ojalá fuera verdad lo que dice ese señor!

Por desgracia, le pagamos con toda puntualidad á S. M. democrática y radical.

Creemos firmemente que el escritor italiano que ha dicho eso, ni conoce á los españoles, ni tampoco á D. Amadeo.

El número noveno del tomo sexto de *Los Niños* contiene: *Los árboles gigantes*.—*Los grandes inventos contados á los niños*, por Thuillier.—*El arca de Noé*, preciosa lámina grande.—*Historia de España*, por Janer.—*La Virgen del Pilar*, por D. Eusebio Blasco.—*Santa Flora* (con el retrato).—*Las mentiras inocentes*, por D'Altemont.—*El danzarín* (cuento).—*Los animales* (lámina).

Recomendamos á los padres de familia esta amena, moral y elegante publicacion.

—*Asucha*, Ramona, ¿quieres salir á venderme esta cesta de naranjas, y te daré tu por qué?...

—Pues qué, ¿no sales tú?

—Hoy no puedo, porque tengo que *dir* á la *trebuna*.

—¿A dónde?...

—A las Córtes, hija, que *ma dao* el Chato unos billetes de señora, porque dice que va á hablar su *verno*, que es *deputao*. Conque *velay*.

—Anda, chica; pues no estás tú poco *sobre sí* con el aquel de las Córtes.

—Porque se puede.

Mi amigo Correa ha publicado una novelita que se titula *Rosas y perros*.

Gustándome á mi tanto los *perros* y las *rosas*, no dudo que me gustará la novela cuando la lea.

Entre tanto puedo asegurar, conociendo el estilo del autor, que será discreta é ingeniosa, y en esta seguridad la recomiendo encarecidamente á los lectores.

Los vecinos del Escorial, la Guardia civil, los ingenieros y los carabineros, han luchado en abnegacion para extinguir el incendio del monasterio de San Lorenzo, logrando salvar libros y documentos del mayor valor.

Dediquemos este recuerdo de gratitud á los que tan honrosamente se han portado.

No todo ha de ser puntos negros.

Como no hay desgracia, por grande que sea, que no se preste á lo cómico, los desocupados madrileños se han aprovechado del siniestro del Escorial para sus murmuraciones.

Quién decía que el continuo pedido de cubas que se hacia desde El Escorial, era con el objeto de mortificar á un notable hombre político, haciéndole efectuar el viaje.

Quién sostenia que el incendio era debido al proyecto de trasladar al Museo arqueológico los restos del monasterio.

Quién proponia que el Sr. Echegaray explicase la rareza de arder un edificio de piedra, siendo incombustibles las trenzas de pelo.

Quién preguntaba si D. Amadeo habia acudido al incendio, y en caso afirmativo, si se habia colocado á los *tres metros* de distancia del mismo, segun su costumbre.

Algunos elevados funcionarios italianos han preguntado, con motivo del incendio del monasterio del Escorial, qué era y qué simbolizaba dicho edificio.

El monasterio del Escorial simboliza una gloria nacional, en que tambien tuvo parte el duque Filiberto de Saboya, á quien Felipe II honró con el mando de sus tropas.

Recuerda la célebre batalla de San Quintin.

En el teatro de los Bufos se prepara una obra titulada *D. Perlimpimpim I*.

Le conozco.

Los periódicos bilbainos aplauden el proyecto de ley que hace obligatorio el servicio militar á todos los españoles; pero recomiendan al gobierno que no olvide que sus fueros les exime de dicho servicio.

Los radicales fueristas constituyen un tipo digno de estudio.

Lo aprovecharé para la primera zarzuela que escriba.

Por honor de España, es preciso que inmediatamente se reparen los daños causados en el Monasterio del Escorial por el incendio del martes último.

Pero no se vaya á acudir al expediente de abrir una suscripcion.

Con que D. Amadeo no cobre su sueldo un par de meses habrá bastante.

El nombramiento del Sr. Rosell para la direccion de Instruccion pública será aplaudido por todos los que conocen los grandes merecimientos literarios del distinguido académico de la Historia.

Nos complace que se haya conferido este cargo á persona que, sin haber figurado en política, reúne circunstancias tan ventajosas, que son la mejor garantía de que sus actos en tan importante puesto serán por todo extremo dignos y acertados.

Supongo que habrán Vds. visto ya en el Circo del Príncipe Alfonso á los hermanos Rizarelli.

Sus ejercicios son verdaderamente admirables, y á mí me causan más asombro que los de los setembrinos, que es cuanto hay que decir.

Iba á decir á Vds. algo de los prodigios que hizo la Pinchiara el juéves en la función de su beneficio; pero me he convencido de que de cómo baila la Pinchiara no se puede decir nada; hay que verla bailar, y luego caerse de espaldas.

En fin, en el mundo no hay quien baile como la Pinchiara. Es lo único que puedo decir. Y me quedo corto.

El ilustrado profesor de la escuela superior del colegio público de Figueras, nuestro amigo D. Miguel Saderra, ha publicado un curioso libro titulado *Lectura útil y agradable á la niñez*, que contiene trozos escogidos de autores antiguos y modernos.

Recomendamos el estimable trabajo del Sr. Saderra,

A fin de Octubre se publicará el *Almanaque de El Cascabel para 1873*, con grabados, el santoral completísimo, y otras materias muy agradables.

Caballeros, á suscribirse, y se tiene derecho á recibir gratis el *Almanaque*.

Un amigo mio pide ahora los sellos en el estanco de este modo:

Si quiere del interior, dice:

—Deme V. un *Barba azul*.

Si lo quiere para la Península, pide un *Barba lila*, y si lo necesita de certificado, pide un *Barba verde*.

Ya saben Vds. que murió *El Combate*.

D. Amadeo lo habrá sentido mucho, si lo leía, porque *El Combate* le tenia especial devoción, y todos los dias habia de decirle una porción de lisonjas.

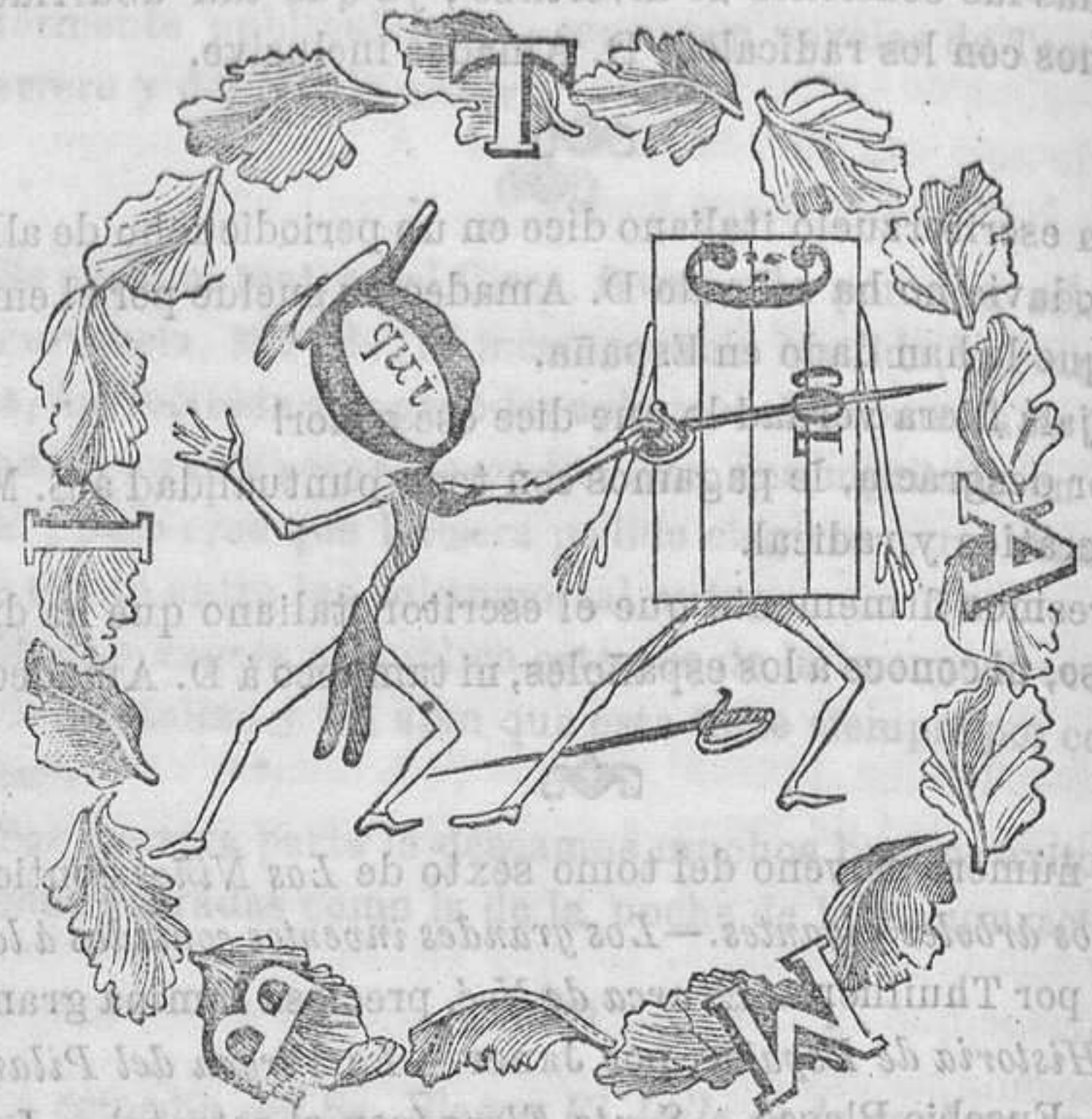
Se ha agotado el primer tomo de los *Cuentos de salon*, que contiene la novela *Una Perla en el fango*. Mientras no se haga nueva edición, sólo podemos servir ese tomo á las personas que adquieran la coleccion completa.

Y los demas tomos llevan tambien camino de agotarse pronto.

SOLUCION DEL JEROGLIFICO ANTERIOR.

Jugando á la bolsa los agentes, han tenido ocasiones brillantes de hacer doblones.

JEROGLIFICO.



(La solución en el número próximo.)

OBRAS DE VENTA

EN LA ADMINISTRACION DE **EL CASCABEL**,

Plaza de Matute, 2.

Máximas morales autógrafas de los más eminentes autores contemporáneos, escritas por D. Juan Eugenio Hartzenbusch, D. Aureliano Fernandez Guerra, D. Pedro José Pidal, D. Manuel Tamayo y Baus, D. José María Fernandez de la Hoz, D. Manuel Cortina, D. Antonio Flores, D. Tomás Rodríguez Rubí, D. Antonio Cánovas del Castillo, Fernan Caballero, D. Ramon de Campoamor; D. Manuel de Seijas Lozano, D. Modesto Lafuente, D. Antonio de Trueba, D. Eugenio de Ochoa, D. Cándido Nocedal, D. Antonio Ros de Olano, D. Cayetano Rosell, D. Manuel Breton de los Herreros, D. Manuel Silvela, el conde de San Luis, el marqués de Molins, D. Antonio de los Rios y Rosas, don Eulogio Florentino Sanz, D. Miguel Agustín Príncipe, don Isaac Nuñez Arenas, D. Mariano Carderera, D. Leopoldo Augusto de Cueto, D. Manuel Cañete, D. Antonio Ferrer del Rio, doña Gertrúdis Gomez de Avellaneda, doña Angela Grassi, D. Salustiano Olózaga, D. Angel Fernandez de los Rios, D. Juan Martinez Villergas, D. Ventura Ruiz Aguilera, D. Antonio Aparisi y Gujarro, D. Emilio Castelar y D. Pedro Mata.

Esta primera serie de tan importante obra se vende á seis reales la edición de lujo, y á cuatro reales la económica, en la Administracion, Plaza de Matute, 2.—Los mismos precios en provincias.

Cuentos de salon.—Van publicados ocho tomos, á cuatro reales cada uno en Madrid y cinco en provincias.

El Barbero de París, novela de Paul de Kock. Un tomo, seis reales en Madrid y provincias.

Baraja geográfica para instruccion y recreo de los niños, por D. Francisco Lopez Fabra.—Doce reales en Madrid y en provincias; para los suscritores á **EL CASCABEL** ó á *Los Niños*, seis reales.

Los Niños, revista de instruccion y recreo, dirigida por D. Carlos Frontaura.—Van publicados cinco magníficos tomos con muchos grabados.—Veinticuatro reales en Madrid y treinta en provincias cada tomo.

MADRID:—1872

IMPRESA DE EL CASCABEL Y COSAS DEL AÑO

Calle del Cid, número 4 (Recoletos).